

Repensar la indignación social

Reseña a *La época de las pasiones tristes*, de François Dubet¹

Por Gabriel Muro²

En su ya clásico *Repensar la justicia social*, el sociólogo François Dubet postuló que las sociedades modernas se han debatido entre dos modelos fundamentales de justicia social. Uno que podría llamarse de izquierda, donde el valor central consiste en la defensa de la *igualdad de posiciones*, procurando el acceso de todos los ciudadanos a los mismos derechos. Y otro modelo, que podría llamarse de derecha, donde el mérito individual oficia de criterio rector, proponiendo el acceso de todos los ciudadanos a la misma *igualdad de oportunidades*. Cada uno de estos modelos engendra ventajas y desventajas, sin que por ello resulten equivalentes. El modelo de la igualdad de posiciones, centrado en el Estado de bienestar, los derechos sociales y la provisión de servicios públicos, reduce las desigualdades de ingresos, pero es menos capaz de lidiar con micro-desigualdades, como las de género o color. Incluso puede engendrar nuevas injusticias, como el clientelismo y la burocratización, factibles de debilitar el dinamismo de la vida económica y social. El modelo neoliberal de igualdad de oportunidades, donde la función de la política es establecer las condiciones para una competencia generalizada, es más dinámico, más focalizado y más flexible. Satisface mejor las aspiraciones a la autonomía individual, pero acaba produciendo mayores desigualdades económicas, así como sociedades enteramente atravesadas por el imperativo del rendimiento, la auto-explotación y la lógica polar del éxito y el fracaso. En lugar



¹ François Dubet, *La época de las pasiones tristes: de como este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Siglo XXI, Argentina, 2020.

² Sociólogo y co-editor de Espectros – Revista Cultural.

de sobredeterminar todas las desigualdades a través de la desigualdad entre explotadores y explotados, como hace el modelo de la igualdad de posiciones, la meritocracia, que apela siempre a metáforas deportivas, moviliza la “competencia entre víctimas”, haciendo que las minorías compitan entre sí para acceder a mayores oportunidades, dificultando su unificación o coalición.

En *La época de las pasiones tristes*, y a la luz de las dinámicas políticas que han asomado en los últimos años, principalmente en Europa pero también en muchas otras porciones del planeta, François Dubet registra la aparición de un nuevo modelo, al que llama el modelo de las *desigualdades múltiples*. Este modelo puede considerarse un derivado o un efecto colateral de la prolongada preeminencia del modelo basado en la igualdad de oportunidades. Consiste en una mayor pérdida de centralidad de la desigualdad de clases como eje vertebrador de las luchas sociales. Pero no es que las desigualdades económicas hayan perdido peso. Más bien lo contrario. Solo que, como puntualiza Dubet, las divisiones sociales no se definen solamente según sus condiciones objetivas, sino también por el modo en que son percibidas y sentidas, de acuerdo a *representaciones morales* que varían según las épocas, las culturas, las ideologías, las naciones y sus divisiones internas. Desde este ángulo, en los últimos años se habría generalizado un tipo de percepción social donde las pequeñas desigualdades no se derivan de las grandes desigualdades, como postulaban tradicionalmente las izquierdas, sino que las grandes desigualdades serían el producto de una sumatoria de pequeñas desigualdades, en última instancia percibidas como desigualdades individuales o individualizadas. Precisamente por poner el acento en las formas en que las desigualdades son percibidas, Dubet puede apelar a una expresión proveniente de la óptica, afirmando que, en la actualidad, las desigualdades sociales tienden a *difractarse*.

A diferencia del modelo de la igualdad de oportunidades, el régimen de las desigualdades múltiples ya no proporciona el optimismo que aquel proveía como promesa de movilidad social de acuerdo a una ficción orientadora basada en la competencia limpia y el orden del mérito. Las incertidumbres económicas crecientes, el aumento de la precariedad y la marginalidad, ofrecen cada vez menos respaldo a esta promesa, y sin embargo, las desigualdades suelen experimentarse como el producto de experiencias personales, haciéndolas incompatibles con su procesamiento colectivo, tornándolas así más dolorosas y frustrantes. Pero antes que haber desaparecido de escena, las luchas contra las desigualdades se fragmentan en grupos y subgrupos, con cada vez menos propensión a converger en un partido, un programa o un proyecto común. Se manifiestan, más a menudo, como explosiones periódicas, fugaces y desorganizadas de ira e indignación, en una suerte de radicalidad sin revolución.

Por lo menos en el plano de las representaciones sociales, ya no estaríamos ante sociedades con dos actores principales interpretando el conflicto central, sino ante múltiples actores llevando a cabo luchas heterogéneas. La divisoria topográfica cardinal ya no pasaría entre los que están arriba y los que están abajo pero compartiendo un mismo espacio de lucha, como el de la fábrica, sino entre los que están adentro y afuera del sistema. A nivel político, los partidos ya no saben a quienes representan exactamente, o bien, modifican sus programas sobre la marcha, mezclando un poco de cada demanda, con el fin de captar la mayor cantidad de

votos posibles (un poco para la burguesía, un poco para los trabajadores, un poco de ecología, un poco de feminismo, un poco de xenofobia, un poco de mano dura, un poco para los asistencializados, etc.). De hecho, a la hora del voto, la identificación de clase ya no pesaría tanto como la edad, el género, el nivel educativo o el lugar de residencia, entre muchos otros factores de fraccionamiento, más culturales y psicológicos que sociales.³

Este retiro o eclipsamiento de las grandes explicaciones acerca de las injusticias sociales basadas en la desigualdad de clases provoca un malestar tan punzante como confuso. Un malestar que, en lugar de dirigirse a un objeto exterior de enemistad bien identificado, retorna sobre los individuos, envenenándolos con *pasiones tristes*. En el deslizamiento desde el régimen de clases al régimen de desigualdades múltiples, la injusticia tiende a experimentarse a través de variadas formas de discriminación, e incluso, a la manera preanunciada por Tocqueville al observar la democracia en América, como una comparación permanente, celosa y obsesiva de los individuos con respecto a aquellos que tienen cerca de sí, en mayor medida que respecto a los que ocupan la cúspide de la pirámide social. En los barrios populares se despliegan toda clase de juegos de comparaciones internas entre nativos e inmigrantes, asalariados y desocupados, habitantes de las zonas más relegadas y las mejor ubicadas de un mismo barrio. En la escuela proliferan las distancias entre los alumnos según sus calificaciones, sus vestimentas y sus lugares de residencia. En el mundo del trabajo, las diferenciaciones internas se acentúan con creciente intensidad:

*“En una empresa, sea pública o privada, el mismo trabajo puede estar a cargo de asalariados con estatus diferentes. Estos pueden tener contratos de duración indeterminada, contratos de duración determinada, ser empleados temporarios o interinos; pueden ser cuentapropistas con una sola empresa como cliente, como sucede con los repartidores de pizza. Todos tienen salarios y regímenes de jubilación y protección diferentes. En última instancia, todos se comparan y pueden sentirse “privilegiados” o “maltratados”, aunque realicen el mismo trabajo”.*⁴

El desdibujamiento de las grandes barreras que distinguían a los explotadores de los explotados hace que las injusticias, más que como causas colectivas, se padezcan crecientemente como desprecio, humillación y cuestionamiento de la propia valía, poniendo a los sujetos constantemente a prueba. De este modo, el campo de la “victimología” se extiende en todas direcciones. Frente al desprecio y la ampliación las violencias simbólicas, los individuos sienten la tentación de interpretar las desigualdades sociales en términos de discriminaciones y heridas personales, de las que cada uno es la única medida, al punto de provocar una escalada competitiva entre víctimas para denunciar no tanto leyes y normas infligidas, sino la escala de los sufrimientos padecidos. Pero al mismo tiempo, existe un gran riesgo en el exponerse ante

³ Aspecto que hemos abordado en un número anterior, a propósito del consultor político Jaime Durán Barba. Ver al respecto: Gabriel Muro, *Durán Barba, el sibilino*, Revista Espectros, Nro. 4, 2018.

⁴ François Dubet, *La época de las pasiones tristes*, pág. 59.

los otros como víctima, estatus no siempre fácil de asumir. Como en un *double bind*,⁵ la posición de víctima es al mismo tiempo demandada y eludida, ya que se está obligado de aportar las pruebas de ello frente a compañeros de trabajo, empleadores y hasta a la justicia, cuando no siempre están disponibles:

*“Los individuos quedan encerrados en una experiencia paradójica. Saben que son víctimas de una injusticia y a la vez no están seguros de que pueda probarse que lo son. ¿Me negaron ese empleo o ese departamento porque soy lo que soy o por cualquier otro motivo relacionado con mi valor o mis competencias? Es difícil saberlo”.*⁶

La tensión entre, por un lado, la obligación de seguir participando del juego que impone el sistema con el fin de salvar la reputación o la autoestima, y por el otro, asumir el estatuto de víctima e identificarse con un colectivo que denuncia las injusticias del sistema, es tan fuerte que a veces solo se resuelve por una violencia *infrapolítica* y sin destino, como incendios, delincuencia y la producción de chivos expiatorios a la mano e instantáneos, redoblando así la producción de víctimas, pero también la rutinización de la indignación social.

“Por poner el acento en las formas en que las desigualdades son percibidas, Dubet puede apelar a una expresión proveniente de la óptica, afirmando que, en la actualidad, las desigualdades sociales tienden a difractarse”

Dado que las posiciones sociales ya no se adquieren de una vez y para siempre, sino que, por el contrario, tienden a encontrarse permanentemente en peligro, los sentimientos de injusticia se tornan en resentimiento, así como en lo que el historiador Richard Hofstadter caracterizó como *estilo paranoico*. Pero si Hofstadter ciñó el estilo paranoico a un rasgo distintivo del sectarismo en la política estadounidense, François Dubet lo amplía como uno de los estilos salientes de la sociedad globalizada, mostrando que el ciudadano despolitizado de la globalización tiende a convertirse en un sujeto paranoico, ya sea porque se percibe como víctima de injusticias de las que es la única medida, o bien, porque manifiesta un abierto odio a los demás, especialmente hacia los inmigrantes y los asistencializados, para desplazar el desprecio de sí mismo.

Este *estilo paranoico* es atizado e intensificado por la expansión de la comunicación digital. Internet, que ha reconfigurado radicalmente el espacio público, permite la expresión de todas las opiniones, reduciendo las distancias entre quienes antes opinaban y quienes callaban. Pero nuevamente en un *doble movimiento*, a la vez que ensancha el radio de la esfera pública, la

⁵ Sobre el *double bind* como uno de los rasgos más salientes de las sociedades actuales, ver: Gabriel Muro, *Toxicidades. Aproximación a una metáfora insistente*, Revista Espectros, Nro. 6, 2020.

⁶ François Dubet, *La época de las pasiones tristes*, pág. 67.

comunicación digital, al dejar de hacer necesario asociarse con otros para acceder al ejercicio de la palabra pública, tiende a hacer de cada cual, sólo ante su pantalla, el militante de su propia causa. Al faltar las mediaciones que posibilitaban el encuadramiento de las opiniones propio de la época donde acceder a la palabra pública requería de algún tipo de agrupamiento, debate o negociación, las pasiones tristes invaden los dispositivos digitales, volviéndolos vertederos portátiles de acusaciones, racismo, rumores y teorías de la conspiración. Más que enriquecer el ejercicio de la crítica y la civilidad mediante la democratización de las conexiones, las redes sociales publicitan lo que hasta hace no mucho tiempo permanecía fuera de la vista y encerrado en el espacio privado, representando una tecnología del desahogo donde las pasiones tristes son explotadas de manera algorítmica.

El ensanchamiento de este clima afectivo envenenado contribuiría a explicar por qué, casi en todas partes, los partidos de izquierda están perdiendo terreno y los electorados populares eligen a millonarios cuyas políticas profundizan aún más las desigualdades sociales mientras denuncian a las elites y a las oligarquías de las que forman parte, o bien, a refugiados y extranjeros como blancos sobre los que descargar la ira acumulada, y hasta a los llamados “globalistas” progresistas, culpables de disolver las culturas nacionales, infectándolas con diversidad étnica y de género. Antes que las izquierdas o los partidos liberales tradicionales, los principales beneficiarios del modelo de desigualdades múltiples tienden a ser los nuevos movimientos populistas (tomando la categoría de populismo en el sentido europeo, fundamentalmente asociado al populismo de derecha), que trafican la fantasía de recuperar la grandeza perdida del pueblo y de la nación. Promesa que, por supuesto, son incapaces de cumplir, dado que el populismo es más un estilo que un contenido político concreto, caracterizado por aludir a un pueblo tan unitario y jerárquico como vacío, por lo que los liderazgos populistas se especializan en beneficiarse de las iras, frustraciones y ansiedades que enardecen. Aquí puede atisbarse la verdadera veta spinozista en el análisis de Dubet, ya que el hombre de las pasiones tristes es aquel que se vale de las pasiones tristes de los otros para acrecentar su propio poder.

Sin embargo, si bien el régimen de desigualdades múltiples propicia el surgimiento de gobiernos autoritarios, Dubet observa que no se trataría de una reacción atávica o de mero retorno al fascismo, sino de un correlato del individualismo desencajado al que estos movimientos dicen oponerse. El éxito electoral de Donald Trump, Jair Bolsonaro, Vladimir Putin, Recep Erdogan o Viktor Orbán demostraría que lo que está actuando es una extraña alquimia moral, donde los electorados exigen más libertad y a la vez más autoridad contra los estragos de la libertad:

“Durkheim explicaba que el deseo de autoridad (característico de la Alemania imperial, a su juicio) no era un reflejo arcaico, sino producto del individualismo que, al no limitarse por sí mismo, esperaba que la autoridad lo hiciera por él. Hoy en día, los jóvenes de la secundaria reclaman más libertad para sí y más disciplina para los otros, más policía y vigilancia, más autoridad pública que los proteja de su propia autonomía. La economía

moral del régimen de las desigualdades múltiples invita a defender las libertades propias y a la vez reforzar el orden público”.⁷

Pero, ¿acaso puede haber política sin pasiones tristes? ¿Puede dársele la espalda a la envidia, el odio, la paranoia, la venganza, los celos, el resentimiento y la rivalidad, que muchas veces constituyen el motor de la política, así como de las relaciones humanas en general? Pensamos que Dubet no propone simplemente rechazar las pasiones bajas, sino transmutarlas u ofrecer un antídoto que las apacigüe sin redoblar o desplazar los males. Un antídoto necesariamente relacionado con la defensa y el mejoramiento del modelo basado en la igualdad de posiciones, es decir, con una concepción de la justicia social anclada en la promoción de sentimientos como la seguridad, el cobijo y el amparo, gracias a la acción proteccionista del Estado y de múltiples asociaciones sociales fuertemente organizadas y coaligadas, donde renovadas formas de amistad política suavicen y disuelvan el infierno de los sentimientos persecutorios vueltos amos de los humores sociales.

Con observaciones justas y sintéticas, François Dubet realiza un análisis frontal acerca de los atolladeros en los que se encuentran sumidas las sociedades del presente, y en especial las izquierdas, ya que si treinta o cuarenta años atrás su renovación consistía en ir más allá de la unicidad homogénea de las luchas obreras, en los últimos años se habría revelado el reverso de la disgregación y la desarticulación de las luchas, allí donde la fábrica, sin embargo y por razones que refieren a las vastas transformaciones internas del capital, ha dejado de ser la arena privilegiada de todos los combates. El valor del enfoque de Dubet consiste en mostrar que la multiplicación actual de pasiones tristes no es el producto de una sumatoria de psicologías individuales, sino de causas sociológicas que producen efectos patéticos o pasionales en los individuos. *La época de las pasiones tristes* no propone ni una psicologización de la política, ni una politización de la psicología, sino desentrañar las lógicas sociales detrás de las muchas formas de tristeza que hoy proliferan como tonalidades afectivas predominantes de la globalización, y que desquician el lazo social.

⁷ François Dubet, *La época de las pasiones tristes*, pág. 94.